



“Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija”

Mc 7:24-30.

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Este Evangelio nos trae el suceso de la mujer gentil siro-fenicia, en Mateo dice que es una cananea, donde se destaca la fe de esta gentil frente al fariseísmo judío. Este episodio ocurre en la comarca de Tiro y Sidón, provincia de Siria. Había un cierto desprecio en la misión de Jesús a los gentiles, del mismo modo, ellos se molestaban de decir que los judíos son, simbólicamente, señores de ellos.

Ese es el ambiente donde sucede este relato, donde una mujer salió de sus contornos para ver a Jesús. El Señor se había supuestamente retirado a esa zona al norte de Galilea, buscando un lugar de retiro y reposo para sus amigos discípulos, algo que no habría encontrado en la región de Betsaida (Mc 6:31). Hemos de suponer, que Jesús tendría largas conversaciones de preparación y formación y diálogos sobre el Reino con sus discípulos.

San Mateo dice que con motivo de la actividad de Jesús en Galilea, se había “extendido su fama por toda Siria” (Mt 4:24). Tiro es vecino a Galilea, por tanto habían escuchado a Jesús en esa zona, precisamente junto al lago. También habían sido testigos presenciales de muchas curaciones (Mc 3:8.11).

Entonces la noticia de su llegada por esa provincia se supo con rapidez, por eso la mujer gentil siro-fenicia sale en busca de Jesús, ella necesita de él, y pide su ayuda. Esta mujer, viniendo al encuentro de Jesús se echó a sus pies y le rogó que echase de su hija el demonio. Conforme al medio ambiente, atribuye el mal de su hija a un demonio. La sola expresión no basta para dictaminar si se trata de una verdadera posesión diabólica o de modos públicos y crédulos de juzgar así ciertas enfermedades.

Según el Evangelio de san Mateo, Jesús no le contestó una sola palabra; pero los discípulos se acercaron y le rogaban: Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros y le hicieron saber que la mujer insistía mucho con sus gritos, entonces le ruegan que la atienda y la despida. Pero Jesús tarda en responder: era la espera para avivar la fe. Luego Jesús, les contestó a sus discípulos: Yo no he sido enviado, sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel, que son los que están sumidos por la desorientación mesiánica farisaica. El judío debería venir a la fe, por descender de los padres, y por haber tenido las revelaciones. Luego los apóstoles llevarían la fe hasta lo último confín de la tierra” (Act 1:8).

Sin embargo, Ella se acercó entonces a Jesús y postrada ante él par rogarle por su hija. Entonces Jesús le dice: Deja primero hartarse a los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los cachorrillos (perritos). Pero ella le contestó, diciendo: Sí, Señor; pero los cachorrillos (perritos) debajo de la mesa comen de las migajas de los hijos. La respuesta de Jesús, debe entenderse en el contexto como lo dice Marcos, primeramente deje que atienda a los hijos, porque la intención no era no atender a esta mujer siro-fenicia, sino que primero debe atender a Israel, por eso El le respondió: No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos. Era conocido denominar de modo metafórico a los dioses paganos como perros.

Son entonces esta expresiones formas de enunciar termino gráficos semitas, así es que no debemos pensar en boca de Jesús, palabra de aspereza menos aún en la intención del Señor, que iba a elogiar la fe de aquella mujer y curar a su hija.

Pero a las palabra de Jesús, ella responde y no deja de insistir y lo hace con fe, y responde con una razón conocida en los hogares, le dirá que no hace falta que quite el pan a los hijos, sino que, como sucede en las casas, sin quitar el pan a los hijos, los pequeños perrillos comen también del mismo pan. Ella ve en Jesús, como un gran padre de Israel, entonces podía comprender esta situación mejor que los padres en el hogar, y así pidiendo con todo su corazón, demostraba una fe y confianza única.

Jesús, con su natural inclinación de hacer el bien, compasivo y bondadoso, hace la excepción para esta mujer gentil. Entonces Jesús le respondió: Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija. En el Evangelio de Mateo dice: Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas. Jesús elogia la fe de esta mujer gentil, en contraste con tantas de Israel, de su mismo Nazaret y de su misma coterráneos que no “creían” en El, Y en aquel mismo instante quedó curada su hija. Fue un nuevo

milagro a distancia. La mujer marchó llena de fe en la palabra de Jesús, y así fue como volvió a su casa y encontró a su niña acostada en la cama, habiendo ya salido el demonio.

En este milagro, donde se produce finalmente un acontecimiento de gran ternura, nos enseña del gran corazón de Jesús, El ama a los hombres con una grandeza inimaginable, pero también nos deja una bella lección, la confianza que debemos tener en El, como la tuvo la mujer gentil. Aquí se hace un milagro a distancia, no hay autosugestión, y con una curación instantánea. Jesús había dicho “Yo no he sido enviado, sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel” (Mt 15:21-28), había un privilegio de los judíos, pero el aprecia la disposición de las gentes, de la salvación única de todos por la fe.

La mujer de este relato, hace una oración perfecta, llena de fe, y nos se atenúa ante ninguna dificultad, al insistir muestra su fe en Jesús, además es una oración humilde, se contenta con las migajas que caen de la mesa, reconociéndose pecadora, sin derecho a pedir, pero es una oración confiada en la misericordia y además perseverante y, Jesús, amoroso al extremo, no la deja marcharse con las manos vacías.

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant